Las Voces de la Reconciliación

Hernán Larraín F.

Senador

Presentación del libro, Senado, 26 de agosto de 2013

Al cumplirse 40 años del golpe de estado del 11 de septiembre de 1973, la memoria se enciende nuevamente y renacen las preguntas e inquietudes que una fecha tan rotunda como ésta genera en nuestro país.

Cuarenta años es un tiempo suficientemente prolongado para constatar que las visiones y percepciones sobre las causas y consecuencias del quiebre institucional que nos afectara no serán consensuadas y que, por el contrario, se mantendrán contrapuestas y antagónicas en la sociedad chilena. Sin embargo, ello no es ni puede ser obstáculo para extraer lecciones que nos permitan pensar nuestro futuro con sentido de unidad, ni menos para declarar que, por sobre las diferencias que nos dividieron en el pasado, es posible construir una sociedad más tolerante, que respete la divergencia y rechace la violencia para resolver las controversias, y que busque los mecanismos para evitar que en Chile se vuelvan a producir las condiciones que nos llevaron a tener en un 11 de septiembre.

El Instituto de Estudios Sociales, a través de Joaquín Castillo Vial, nos ha invitado, a Ricardo Núñez y a mí, a editar un libro que reflexione sobre nuestra historia y analice el grado de reconciliación que existe en el país. Tarea nada fácil, porque se mezclan las realidades con nuestras percepciones y miradas en hechos respecto de los cuales tenemos nuestros “prejuicios”, es decir, nuestros sesgos y nuestras propias limitaciones.

Buscamos para ello la participación de muchas personas de variada representatividad, aunque todos lo hicieron a nombre propio. Algunos de ellos en el título de su contribución encendieron las luces y sombras que rodean el análisis de esta materia. Así, Fernando Montes S.J. se pregunta ¿Es Chile un país reconciliado?; Sergio Bitar a su vez dice: ¿Reconciliación o convivencia?; en tanto Miguel Luis Amunátegui abre la incertidumbre al interrogar: ¿Qué nos falta para reconciliarnos? La sola pregunta insinúa un cierto escepticismo de los logros de la reconciliación.

Es que no obstante el paso del tiempo, de las comisiones creadas, de las leyes dictadas y de los muchos gestos y perdones efectuados públicamente, aún subyacen dolores y sentimientos que enrarecen el ambiente nacional.

Quizás no estamos frente a una inquietud generalizada. El chileno medio, que vive las dificultades de la cotidianeidad, tiene otras prioridades. No le resulta indiferente lo que concierne a la fractura institucional que hubo en el país, ni de sus secuelas en derechos humanos, respecto de lo cual tiene opinión formada. Sin embargo, me parece que nuestra gente, en general, tiene una buena

convivencia y sus prioridades actuales apuntan al futuro y a la satisfacción de necesidades más concretas que, en lo personal, le resultan apremiantes.

No ocurre así con los sectores políticos, académicos, periodísticos, institucionales en general, donde el debate se abre y se cierra temporalmente. Porque está ahí, latente. Un hecho singular, que relate circunstancias dolorosas ocurridas en el período 73-90 como el caso Lejderman en estos días, o una película exitosa, provocan polémica y escozor, y son suficientes para dejar en evidencia que aún no hemos superado los efectos traumáticos que experimentamos en Chile durante esa época. Los trabajos que se recogen en este texto ratifican que existen opiniones divididas respecto de la interpretación del pasado, y nadie da por lograda en plenitud la reconciliación, así ello se explique por distintas razones.

Esta es la realidad que debemos asumir. Hay niveles razonables de convivencia, existe mayor nivel de amistad cívica, se producen acuerdos y consensos en temas relevantes, pero el alma de Chile aún refleja dolores que no desaparecen, impidiendo "volver a unir" lo que se quebró, esto es, producir una reconciliación en lo profundo del sentimiento nacional.

¿Será una cuestión de tiempo, de cambios generacionales lo que nos falta?

Tal vez exista algo más que eso.

La reconciliación supone ciertas consideraciones. Una de ellas se refiere a tener claridad de los responsables de lo ocurrido, en lo cual no hay un solo diagnóstico ni menos una visión compartida.

¿El quiebre en Chile se produjo por obra de la izquierda que, en plena guerra fría y dentro del auge del comunismo a nivel internacional, legitimó el uso de la violencia en nuestro país?

¿La ruptura económica, política y social generada por el gobierno de la Unidad Popular hizo inevitable una crisis mayor, o ésta pudo evitarse y los líderes de la época fracasaron en la búsqueda de un acuerdo?

¿No fue el golpe lo que produjo un antes y un después en Chile?

¿O no ha sido la violación sistemática de los derechos humanos causada por agentes del estado durante el período 73-90 lo que nos llevó al abismo?

Probablemente no haya una sola respuesta, ni tampoco todas las posibles tengan la misma entidad moral para explicar el quebrantamiento. Lo cierto es que la experiencia muestra que la violencia trae consigo golpes de estado, pero también que los golpes traen consigo más violencia, y de ahí en adelante nadie sabe dónde termina el proceso ni cómo se reconstruye un nuevo orden que recoja el sentimiento profundo de un pueblo cuando quiere renovar su vida social sobre bases compartidas.

Por otra parte, dificultando todavía más lo anterior, a la difícil identificación de responsabilidades se suma la necesidad de encontrar comportamientos positivos, favorables, que hagan posible el reencuentro.

Me refiero en primer lugar, a la necesidad de lograr verdad y justicia en los hechos ocurridos, en la medida que las instituciones y la memoria hagan posible hacerse cargo de hechos y situaciones que no pueden quedar en la impunidad.

No obstante, siendo ello necesario, hay algo más que se debe procurar. Nuestra historia reciente revela esfuerzos serios y efectivos en torno a esos conceptos de esclarecimiento y sanciones a los responsables, sin que ellos hayan sido suficiente para crear las condiciones del reencuentro. Pienso que nos hace falta una mirada más personal, subjetiva, que refleje nuestros sentimientos de lo ocurrido en las últimas décadas y que conduzca a una actitud de perdón, condición necesaria para toda reconciliación.

Perdón, esa actitud del espíritu que revela un reconocimiento del error cometido, que manifiesta arrepentimiento y que se abre a pedir disculpas verdaderas.

No es un proceso fácil, ni tampoco tiene resultados garantizados. Han existido tales gestos, pero pareciera que no en la magnitud querida o necesaria. Pero los ha habido. No obstante, hasta ahora ellos no han sido eficaces o se han encontrado con una respuesta que también es sintomática de lo que nos ocurre: no siempre se perdona a quién pide perdón. Cuestión que posee un efecto multiplicador negativo, en cuanto inhibe la petición de nuevas disculpas.

Y finalmente está el olvido. Porque esto es lo más difícil. Desde luego porque, a diferencia de pedir perdón o de perdonar, el olvido no es un acto de la voluntad: está en la memoria que puede pero también puede no olvidar. No se trata por cierto de borrar de la memoria colectiva lo ocurrido en el país, tal actitud sería inaceptable. Debemos aprender de lo ocurrido para que el “nunca más”, no sea sólo una frase sino que una profunda convicción. Si no vamos a compartir el porqué de lo sucedido, es en este punto donde debemos construir el mayor consenso posible. Cuidemos Chile, cuidemos nuestra convivencia. Respetemos nuestras diferencias, pero no legitimemos nada de lo ocurrido para que nunca más volvamos a repetir los mismos errores.

Ello implica reconocer que hay un sector de nuestra sociedad, el que fuera víctima de esa violencia, a los que éticamente nunca se les podrá pedir que olviden. La muerte de un hijo, de un padre, de un marido o de una hermana, constituyen recuerdos imborrables y siempre dolorosos. Este sentimiento embarga a quienes fueron víctimas de la represión, pero también a los familiares de un carabinero o un militar asesinado.

Al concluir estas palabras, permítanme una reflexión final que refleja el punto de inflexión en que nos encontramos y que puede ser útil para entender lo que creo que aún podemos hacer.

Pedir perdón requiere de coraje. Perdonar exige generosidad. Olvidar es un esfuerzo supremo.

Por esto es que la reconciliación en muchos ámbitos de nuestra sociedad, particularmente entre quienes fueron víctimas directas o indirectas de lo sucedido, resulta un proceso muy difícil de llevar adelante y que, además, no es exigible. Pero es indispensable hacerlo para reconstruir la confianza y avanzar en un futuro común. No se trata, como algunas colaboraciones en este libro señalan, de entender la reconciliación para “blanquear” un sistema electoral o un modelo

económico. La reconciliación no dice relación con aspectos contingentes o de legítima diversidad política, económica o social: sólo busca hacer posible un futuro en paz, sin exclusiones.

Por estas consideraciones, a 40 años del golpe, lo que tanto las consideraciones anteriores como la reflexión que surge de la lectura de las contribuciones que hicieran este destacado elenco de personalidades sugieren, es que aún debemos hacer nuevos esfuerzos.

Entendiendo que este es un proceso y que el tiempo ayuda, puede ser esta conmemoración la oportunidad en que se realicen esfuerzos adicionales que den testimonio de nuestra convicción de volver a conciliar nuestros corazones. Gestos personales e institucionales y los que sean necesarios. No nos conformemos con lo que hemos avanzado, así sea mejor que lo hecho en otras latitudes, exijamos de nosotros algo más.

Si ayuda pedir perdón, también libera saber perdonar.

Por eso, ¿por qué no dar un paso personal en lugar de esperar que otros hagan lo que uno quiere oír? Algo simple y transparente como: yo pido perdón por lo que haya hecho o por omitir lo que debí hacer. Pido perdón por no haber colaborado de modo suficiente a la reconciliación en mi trabajo. Y también pido perdón por no haber sabido perdonar a quienes me han ofendido y se han acercado en señal de reencuentro. Desde ya, hoy lo hago en mi nombre: pido perdón en lo que me corresponde, por mis omisiones , por no haber hecho lo suficiente por la reconciliación.

Esta es mi voz para la reconciliación. Pero es necesario oír la de todos.

¿Cuál es su voz para hacer posible un país que se reencuentra consigo mismo y que se compromete en alcanzar un futuro en unidad?